

¿Para qué sirven las universidades?

Un lugar de formación para la crítica de la democracia. Un espacio de alternativas creativas en la era del capitalismo cognitivo. La prestigiosa filósofa italoaustraliana habla de un escenario para la universidad que ha de buscar sus raíces en las humanidades.

Rosi Braidotti

El **capitalismo cognitivo** tiene intereses creados para reorganizar la institución de las universidades siguiendo principios empresariales de monetización y beneficio. Noam Chomsky llegó incluso a hablar de la muerte de las universidades de EEUU. Dada la estructura distribuida de la producción de conocimiento en el capitalismo avanzado, con tanta investigación —en biotecnología así como en medios de información y digitales— como ahora existe, la cuestión de para qué sirven las universidades resulta más relevante que nunca.

Mi respuesta es que las universidades enseñan pensamiento crítico y alternativas creativas. En un momento de cambios tan trascendentales dentro de la convergencia posthumana, una educación universitaria debe proporcionar salidas y posibilidades a un amplio rango de ciudadanos. Necesitamos programas educativos para toda la vida, para formar a la antigua clase obrera de una economía que ya no existe. Pero también necesitamos planes de estudio experimentales y vanguardistas para la juventud de hoy día, relacionada con lo digital y con una mentalidad que no busca automáticamente el lucro. Se podría reclutar a los refugiados y los buscadores de asilo como profesionales educativos en todos los extremos de la escala educativa, puesto que son un gran recurso cultural e intelectual del que deberíamos sacar mejor provecho.

Las humanidades se merecen tener una mejor situación dentro de la universidad contemporánea. Podemos mirarlo de manera pragmática, hasta el capitalismo generativo necesita de generalistas, soñadores, gente que pueda leer e interpretar el mundo con libertad. Si los responsables administrativos pudieran admitir este hecho, darían apoyo a las humanidades y no recortarían sus presupuestos. Las

deberían considerar como un capital doble: parcialmente, porque su creatividad está generando oleadas de discursos de estudios críticos que actualmente están fusionándose en la playa de las *ciencias menores* de las posthumanidades críticas. Y, por otra parte, porque poseen un capital único e irremplazable: lo que nosotros, los profesores universitarios de las distintas ramas de la universidad, tenemos capacidad para enseñar es cómo reflexionar críticamente sobre nuestros propios logros y carencias históricas. Habiendo aprendido una lección de humildad e instruidos por los errores históricos de nuestra cultura y también por sus éxitos, la educación de las humanidades sigue siendo un pilar de la democracia a través de la crítica académica cívica. En última instancia, la pregunta que se sigue escabullendo, misteriosamente, es: ¿cómo se hace la democracia? Eso es lo que necesita saber el mundo. La universidad lleva trabajando en ello desde hace más de cien años de crítica democrática, construyendo otro tipo de capital cognitivo. Las humanidades están escritas en este capital. Echar por la borda este capital crítico sería tan miope como suicida. Solo hay una manera de enseñar la democracia, que es representarla de verdad en una comunidad de académicos que trabajen juntos más allá de las fronteras, unidos por el amor a sus áreas respectivas de estudio y por el sentido de su responsabilidad cívica. Las universidades son parte de una comunidad, una ciudad, un país; los campus universitarios no son una burbuja aislada, sino auténticos espacios cívicos.

Las universidades deben correr el riesgo que conlleva la complejidad en contra de las hipersimplificaciones populistas. Esto supone encontrar maneras de decir la verdad frente al poder que resuenen con las contradicciones y complejidades de la convergencia pos-

humana. Las universidades deben pensar con el mundo y para él, como proceso virtual del mundo que devendrá, es decir, incrementando la capacidad de contribuir al crecimiento y el bienestar de un rango muy diverso de otros, humanos y no-humanos.

Necesitamos que la universidad sea un lugar de formación crítica para la crítica democrática. Yo sueño con un ensamblaje posible, crítico y creativo, que consistiría en Edward Said mezclado con Microsoft, mezclado con Gloria Anzaldúa, mezclado con Gilles Deleuze, mezclado con Facebook, mezclado con Donna Haraway, mezclada con el Antropoceno, mezclado con Black Lives Matter, mezclado con Metoo, mez-

Sueño con un ensamblaje crítico y creativo que mezcle a Edward Said con Microsoft, Gloria Anzaldúa, Gilles Deleuze, Facebook, Donna Haraway, Black Lives Matter y la justicia ambiental transnacional

clado con la justicia ambiental transnacional, mezclada con el desafío de pensar afirmativamente. Traería de vuelta conjuntos como estos al epicentro de la formación en la universidad para la docencia y para la investigación. Lo que debemos aprender en el mundo entero es cómo llegar a ser una democracia inclusiva y que funcione. El modelo de las posthumanidades críticas con su énfasis en las ciencias menores y la ética afirmativa ofrece un posible camino hacia delante. ■

**La editorial Gedisa publica el 15 de septiembre el ensayo 'El conocimiento posthumano' de Rosi Braidotti (Italia, 1954), que actualmente dirige el Centro para las Humanidades de la Universidad de Utrecht.*



Los campus universitarios no deben ser una burbuja aislada, sino auténticos espacios cívicos.